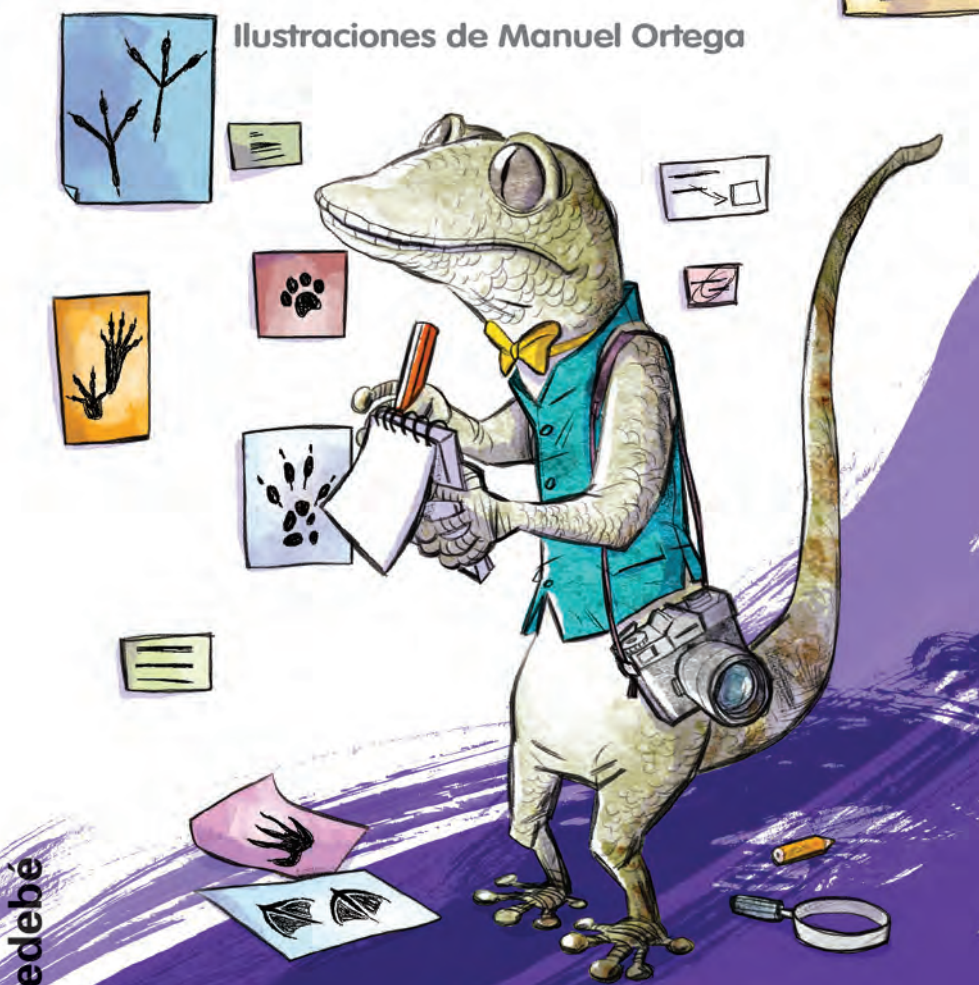


Diez mascotas y un dragón

RICARD RUIZ GARZÓN

Ilustraciones de Manuel Ortega





Diez mascotas y un dragón

RICARD RUIZ GARZÓN

Diez mascotas y un dragón

Ilustraciones de Manuel Ortega

edebé

© Ricard Ruiz Garzón, 2019
Autor representado por The Ella Sher Literary Agency
© Ilustraciones: Manuel Ortega

© Ed. Cast.: Edebé, 2019
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look

1.^a edición, septiembre 2019

ISBN: 978-84-683-4407-2
Depósito Legal: B. 14096-2019
Impreso en Espanya
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A mis tres mascotas:
Rayo, Frankie y La Gata Christie.*

Índice

1. Miss Emily Parrot	9
2. War Dog	25
3. Vera Turtle.....	41
4. «GuineaPhil»	53
5. General Mac.....	65
6. Tony Cat	77
7 y 8. Los Rogers	93
9. Ed Fish	111
10. Doña Agatha.....	127
Epílogo.....	143
Will Gecko	143
Espina.....	161

1

Miss Emily Parrot

- **Edad:** 19 años.
- **Color:** Verde con manchas blancas.
- **Especie:** *Myiopsitta monachus* (cotorra común).
- **Medidas:** 29 centímetros, 900 gramos.
- **Propietaria:** Alicia, una niña de nueve años aficionada a los experimentos.
- **Diagnóstico:** Nervios y estrés causados por las perrerías que le hace Alicia.
- **Tratamiento:** Se le recetan unas infusiones y se le deja un navegador vía satélite para que pueda volar, viajar y distraerse lejos de casa (y de las pérfidas manos de Alicia).



¡Ay, Dios mío, inspector! ¡Con lo buenísima que es la doctora Espina! ¡Y lo elegante que va, con su bata blanca y su pelito tieso! ¿Quién iba a desearle nada malo? Aunque hay mucho malandrín suelto, eso es verdad. Yo misma, si abriera el pico, le diría cosas que ni se imagina. ¿Ve estas plumitas que llevo chamuscadas? Pues son cosa de Alicia, ¡de mi dueña! Me he puesto estos trapitos para taparlas, que una, cuando quiere, sabe arreglarse, ¿verdad? Mírese usted, tan majo que va con su pajarita y su chaleco... Pero cuente, cuente: ¿tiene ya sospechosos? ¿Avanza el caso? ¿Y se sabe algo del superjuguete? ¿Nada?

¡Ah, claro, secreto de sumario! Pues no se preocupe, que, si usted no habla, ha-





blaré yo. Si a mí hablar me encanta. ¿Qué quiere saber? ¿Cómo conocí a la doctora? ¿Qué me recetó? ¿O mejor le digo de quién sospecho? Porque yo no quiero hablar mal de nadie, Dios me libre. Pero alguna idea tengo, que aquí el que no corre vuela.

Mire a Alicia, mi dueña, tan mona que era. Y las caritas que me ponía, y lo que jugábamos y nos reíamos... Y ahora, desde que ha crecido y se dedica a la química esa, ¡los disgustos que me da! El otro día, por ejemplo, no se le ocurrió otra cosa que montarme en un trenecito eléctrico. Y luego, hacerme pasar por un aro de fuego. ¡Un aro en llamas! ¡Con gasolina! ¿Se lo imagina? ¡Si aún llevo media crestita ahumada!



¡Ay!, perdone que esté tan nerviosa. Si yo a los cachorrillos en el fondo los adoro. Pregúntele a Phil lo bien que nos llevamos. Nos cruzamos a veces, al salir, y hacemos apuestas sobre el nuevo juguete, que nos tiene intrigadísimos. Bueno, ahora nos preocupa más Espina, claro... A Phil también. Y eso que lleva esas gorras tan vulgares, aunque es casi un señorito cobaya. Ha mejorado con la doctora. Al principio daba miedo. A veces, ¡ay!, se descuidaba en el aseo; hasta manchas de helado le he visto yo en el lomito. O los dientes, esos dientes suyos, ¡por Dios, que eso hay que lavarlo, que se ponen amarillos! Pero ha mejorado, sí. Todos mejoran con la doctora Espina. Una santa es. ¡Ay, mi Espinita!



Y no le hace ascos a nadie, ¿eh? Mire a Vera, y a los Rogers, que ya me dirá usted cómo le pagan, si llevan siempre lo mismo. Limpios, ¿eh?, pero vestiditos igual cada día; parece que no tengan más ropa. Y Vera, siempre tarde, qué vicio tan feo. Que ya sabemos que es lentita, pobre, que lo de ser una tortuga con la casa auestas es duro, pero para algo le dio Espina el patín ese, ¿no? Si es que hay que esforzarse más, ya lo digo yo.

Porque... ya sabrá que yo también tuve un problemilla con la doctora, ¿no? Claro, se lo habrán contado. Si es que a la gente le encanta darle al pico. Nada, fue una peleílla de amigas. ¿Y qué hicimos? Pues hablarlo, como Dios manda... ¿Qué íbamos a hacer? Nada, si estábamos bien...



Tan amigas. ¡Ay, las ganas que tengo de ver a Espinita y olvidarlo! ¡Ay!

Perdone, es que me emociono...

Bueno, usted es un caballero y no pregunta, pero se lo voy a contar de todas formas. Sí, sí, inspector, yo se lo cuento, que no tengo nada que esconder. Mejor que lo oiga por mí... Porque usted no lo sabe, pero a más de uno le da rabia que sea la paciente más antigua de la doctora. ¡Su primera cliente! ¡Cuatro años juntas! Desde que llegó a la madriguera. Y que tenga que oír según qué... Asquito me da tanto rumor, así se lo digo. Más asquito que el alpiste remojado. ¿Por qué a la gente le gustará tanto el cotilleo?

Porque si se trata de contar cosas..., bueno, yo también podría, ¿eh? Mire los



juguetes de Espina, esos chismes tecnológicos... Pues yo no lo acabo de entender, qué quiere que le diga. Los alevines sí, porque ellos lo sacan todo de InterPet: que si una suscripción a Netfly, que si tutoriales para pelar pipas, que si los Loros de OT... Yo ya lo veo útil, ya, pero soy mayor, ¿sabe? En mi época no había tanto cacharrito y también nos divertíamos. Un poquitín de modernidad me gusta, pero sin pasarse, ¿no? Que todo tiene un límite, ¡caray!, que hay cotorritas que se están quedando sin uñas de tanto darle a la pantalla...

Y mire que se lo advertí a la doctora cuando empezó:

—¿Los trastos esos no serán peligrosillos, Espinita?



—A los humanos les funcionan —me dijo—. Nos ayudarán también a nosotros.

Y dicho y hecho. Y ya ve adónde hemos llegado, que hasta hay peceras con pantalla. Bueno, eso a Ed le va muy bien, para sus chistes, pero... ¡Ay, bueno, no le niego, inspector, que a mí el GPS me ha devuelto a la vida! Llevaba siglos sin volar al aire libre, por miedo a perderme en esta ciudad tan enormísima. Claro, tantos años en la jaula... Me asustaba.

Es natural, ¿no? Sin embargo, ahora, pese al reuma, me doy mis vueltas, de palmera en palmera, y hago excursioncitas, ¡qué delicia! Me pongo mis destinos en el navegador, sigo las instrucciones y... ¡listo! Hasta una guía de viaje me he des-



cargado. A veces, es verdad, he de salir corriendo para que Alicia no cierre la ventana y me deje fuera de casa, pero qué placer. Es el paraíso, Dios me perdone por decirlo así.

Medio enganchadita estoy al GPS, ¡ay! Por eso tuvimos la peleílla con la doctora, ¿sabe? Ella me recetó el cachivache este para distraerme de Alicia, que hacía cosas de cría... Bueno, de granujilla, ¿sabe? De mala pieza. Vamos, de sinvergüenza, porque fue regalarle su padre el juego de química y a mí al verlo me dieron unos sofocos... Lo hablé con la doctora Espina y primero me ayudó con una tila, pero Alicia no paraba. Y un día, de repente, se puso a pedirles a sus padres pegamento, líquido de lentillas y bicarbonato.



Sabe lo que hacen los niños hoy con eso, ¿verdad?

Ay... ¡Pues fabrican *slime*! ¡*Slime* de ese del demonio, que es un moco de gorila que se pega a todo! Aquello fue un infierno, inspector. Alicia me ponía aquella masilla, la metía por los barrotes de la jaula... Desmayos y todo me daban... Fue entonces cuando la doctora, ¡bendita sea!, reforzó su terapia. Mejoró el alcance de mi GPS para que pudiese pasar más horitas volando. Y Dios aprieta pero no ahoga, porque vi el cielo, inspector, y pude ir más veces a la consulta, a visitar a mis amigas, subir a las azoteas... Demasiados humanos se ven ahí arriba, pero desde tan alto son casi como insectitos, ¿no?



Ay, perdón, que si le hablo de comida igual le da hambre... Insectos no tengo, pero ¿no querría unas pipas? Siempre llevo en el bolso, para picar. ¿Seguro? Mire que son de las que llevan poca sal. Bueno, bueno, no ponga esa cara tan seria. Ya las guardo, ya. ¡Qué carácter!

En fin, le acabo de contar: el caso es que yo quería más horas de vuelo, pero Espinita... me las negó. Dijo que ni hablar, que toda medicación es mala si se abusa de ella. Y sí, me había pasado un pelín, pero... ¡Ay, Dios, dame fuerzas! Me avergüenza confesarlo, inspector, yo... La doctora tenía razón, pobrecilla. Sin embargo, a lo mejor algún gritito se me escapó. Era la hora de la cena y tenía hambre, como ahora. Y ya ve que tengo el timbre de voz



un pelín agudo... Vale, la verdad es que me enfadé. Por eso me oyeron gritar las vecinas.

Y sí, le pedí más horas de vuelo. Y cuando vi que se negaba, alguna palabrilla fea igual sí le solté. Y tal vez le pedí información sobre el superjuguete, sí, eso también. Dios me perdone, no estoy orgullosa. Sin embargo, volví, volví por la noche, pese al frío, para aclarar las cosas. Volví, llamé a la puerta, entré... Y Espinita no estaba. Lo único que vi en su mesa es la nota que tiene usted ahí, esa que dice:

Buscadme en el dragón.

Qué raro, ¿no? ¿Usted entiende qué significa, inspector? ¿De qué dragón ha-



bla? ¿Será una nota de rescate? ¿Han comprobado si es la letra de la doctora Espina? ¿O si está relacionado con el superjuguete? Porque no sabe usted lo nerviosos que estamos todos sin saber qué es...

Ya no sabe una qué pensar, ¡ay! Y encima ahora, con este frío tan malo, que aturulla... Yo al principio creí que todo era una broma y no le di importancia. Por eso me guardé la notita en el bolso. Sin embargo, luego, al ver que la doctora no volvía, hice la denuncia. Nadie ha visto a la pobre Espinita desde entonces, esa es mi pena. Y todo esto fue el viernes, el viernes de la semana pasada, a las diez de la noche. Y después, cuando apareció usted, me acordé y traje la nota. Qué despiste, ¿no?



Se la tenía que haber dado enseguida, ya ve qué tonta...

Ay, inspector, me mira usted tan serio... Ni que una fuera un mal bicho. No creerá que tengo algo que ver con esta desgracia, ¿no? Si yo de estas cosas no entiendo. Ay, dígame: ¿por qué me ha citado a mí la primera? Es por mi antigüedad como paciente, ¿verdad? No me creerá usted sospechosilla... ¡Ay Dios, qué bochorno! ¡A mi edad, como una delincuente! Ay, que me desmayo... Que me ahogo, inspector... No irá a detenerme, ¿no? Ay, ¿no ve qué mal rato estoy pasando? ¿No me va a ayudar? ¡Ay, ay, que necesito aire! Voy a abrir la ventana, ay... Así, aire, aire, ay, ay...

